

era y la guerra,» y habría dado pruebas de muy escasa perspicacia política el ministro que no comprendiera la realidad de este dilema forzoso.

Al tratado habían precedido algunas conferencias celebradas en Schenbrunn, que había iniciado Napoleón con severas reconveniones dirigidas contra el tratado de Potsdam (1) para demostrar claramente al conde Haugwitz la sinrazón de su corte y la trascendencia de aquel tratado de amistad, trascendencia que pudo ver en seguida en el proyecto de un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Francia y la Prusia (2).

En virtud de este tratado, Prusia cedía a Baviera el margraviato de Ansbach y a Napoleón el ducado de Cléveris y el principado de Neunburg, recibiendo en cambio la posesión perpétua del electorado de Hannover. La alianza ofensiva y defensiva obligaba a ambas potencias a defender en común primero al imperio otomano, cuya independencia é integridad garantizaban; segundo los Estados prusianos, con inclusión de Hannover; tercero los Estados franceses, «inclusos todos los territorios que pudieran ser conquistados en Italia,» y cuarto, el reino de Baviera con sus nuevas fronteras. Las cesiones que el Austria debía verse obligada a hacer en favor de Baviera (Tirol, Passau y Eichstadt, Burgau, Tettang y Argen, Königsegg, Rothenfels, Isny, Lindau, Augsburg, Vorarlberg, Ansbach) estaban consignadas en el artículo sexto, donde se incluía también la obligación por parte de Prusia de garantizar la cesión del resto de la Suabia austriaca a los electores de Wurtemberg y de Baden.

Antes de que Austria accediera a hacer estas renunciaciones, exigióse de Prusia que, en unión de Francia, las obtuviera por la fuerza; y antes de que Prusia pudiese rechazar el tratado, el Austria tuvo por su parte que firmar la paz.

El artículo octavo y último contenía una condición importantísima, pues decía: «Las ratificaciones han de canjearse en Berlín dentro de tres semanas, ó antes si fuere posible;» dentro de tres semanas «ó antes,» es decir, de ninguna manera despues. El plazo era excesivamente corto, pero no demasiado para una corte que sabía perfectamente que se trataba de un dilema, de un sí ó un no categórico.

El conde Haugwitz decía en su memoria de 26 de diciembre al rey: «El tratado es el único medio de evitar la guerra. Soy prusiano y estoy orgulloso de este nombre. Creo en nuestros ejércitos y en la superioridad de su táctica, de su espíritu y de su valor, pero ¿adónde pueden conducir los mejores triunfos? Arrojar a los franceses de Alemania, permanecer inmóviles delante de los obstáculos que cierran el Rhin y de las innumerables fortalezas, esperar allí en una defensiva peligrosa a que el enemigo reúna sus fuerzas y caiga con toda su furia sobre una línea para nosotros sobrado extensa y apartada, y luego juntarnos y arrojarlo con las mismas pérdidas y con las mismas probabilidades de éxito, y entretanto carecer de recursos necesarios para nuestra defensa, y vencedores perecer de anemia ó quedar dependientes de todo el mundo, en recompensa de gloriosos esfuerzos de venganza; esto es lo que vendría a ser la historia de la guerra que aconseja el rey en el momento preciso en que la Prusia se vé mas ó menos reducida a sus propias y exclusivas fuerzas. Pues, ¿qué significa en el fondo el auxilio que Rusia nos promete? Las tropas rusas que se encuentran en Alemania son las únicas con las cuales puede contarse. Una guerra con Napoleón no sería una de aquellas guerras en las cuales pueden ejercer una influencia decisiva tropas proce-

(1) Memoria del conde Haugwitz de 26 de diciembre. Hardenberg: *Memorias*, tomo V, pág. 228.

(2) El texto en Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 389-392.

dentales del otro extremo de la tierra, y solo sería causa de terribles golpes: para no sucumbir, sería preciso que adoptáramos la táctica militar del caudillo francés. Dentro de cuatro semanas, los franceses ó estarían al otro lado del Rhin ó en el corazón de nuestros Estados, y para salvar a éstos llegaría Alejandro demasiado tarde. Poco significa que evitemos la guerra, pues se nos brinda con una magnífica adquisición que hubiera sido hace tres meses nuestra ilusión en caso de que hubiéramos debido alcanzarla por la guerra, una adquisición que pone término a todas las cuestiones espinosas que son consecuencia necesaria de una guerra marítima, que disminuye nuestros puntos de tangencia, que simplifica nuestra política, aumenta nuestras fuerzas interiores y que en la ruina del imperio germánico puede quizás ser precursora de un orden de cosas mas venturoso. El Hannover sería premio suficiente de una gloriosa guerra, y lo conquistamos sin peligro alguno, sin injusticias, despues de habernos portado con todos del modo que debíamos y despues de haber permanecido solos en la escena con una voluntad firme y con un contingente de fuerzas respetable (3)»

Así escribía un ministro que, como se vió despues, erraba en muchas cosas y solo estaba acertado en una, a saber: en su convencimiento de que rechazar este tratado significaba la guerra y de que quien no quisiera la guerra debía aceptarlo tal como era.

Esto fué precisamente lo que no tuvo en cuenta el otro ministro, que escribió dos largos documentos sobre el tratado con los cuales contribuyó poderosamente a engañar al rey acerca de la situación crítica en que entonces se encontraba, fuérale ó no agradable. Este ministro era el barón de Hardenberg y los documentos estaban fechados en 30 de diciembre de 1805 y en 1.º de enero de 1806 (4).

Acerca de la situación general, Hardenberg emite el mismo juicio crítico que Haugwitz, y dice textualmente: «El Austria, casi aniquilada y debilitada por el capricho del vencedor y por mucho tiempo, ha roto la alianza efímera que acababa de concertar. Rusia ha dejado a la elección del rey el tratar con Francia. Es indiscutible que el convenio de 3 de noviembre y el de 24 de mayo de 1804 pueden ser considerados como no subsistentes.» Pero las conclusiones de Hardenberg demuestran una obcecación difícilmente explicable sobre la situación en que se encontraba Prusia respecto de Francia, pues opina muy formalmente que el rey podía tomar tres resoluciones distintas: rechazar el tratado diciendo que no por eso quería en manera alguna la guerra; ó ir «con todas las potencias» contra Francia; ó finalmente aliarse con Francia, bien que bajo otras condiciones. En 30 de diciembre nada dijo acerca de la necesidad de contestar sí ó no al tratado que se le presentaba, y en 1.º de enero rechazaba el dilema: «El tratado tal cual es ó la guerra,» de una manera terminante, pero con fútiles pretextos. Por fin consiguió que en 4 de enero fuera ratificado bajo condiciones, limitaciones y reservas, a las cuales opuso desde luego Laforest que si el emperador de los franceses no las aceptaba debía considerarse como nulo el canje de ratificaciones, y que permitieron luego al emperador decir que no subsistía ya el tratado de 15 de diciembre. Un tratado que solo se acepta con modificaciones esenciales puede decirse que queda rechazado y únicamente, en el presente caso, se dejó de consignar la palabra «desaprobación.» En el texto prusiano del tratado se omitieron las importantes palabras «alianza ofensiva y defensiva;» mas adelante se publicó una memoria explicativa (5)

(3) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 240-242.

(4) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 243-256 y 263-270.

(5) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 392-394.

para aclarar el sentido en que el rey entendía haber aprobado el tratado, y en ella se decía, hablando de las garantías que había tomado el rey en el artículo primero, que solo debían valer desde el momento en que la paz con Austria y la paz con Inglaterra hubiesen sellado respectivamente las cesiones de aquella y la incorporación del Hannover a Prusia: hasta entonces Prusia debía seguir poseyendo el territorio y permanecer frente a frente de Francia para mantener la tranquilidad en la Alemania del Norte, lo cual era precisamente lo contrario de lo que decía y quería el tratado de 15 de diciembre. Sobre este particular se equivocó por completo Hardenberg, pero también Haugwitz se equivocó, contra lo que en un principio había opinado, pues en el protocolo de 4 de enero de 1806 (1) se dice: «El conde Haugwitz ha declarado repetidas veces que el rey persistía en la omisión hecha en el artículo primero y en la publicación de la memoria explicativa, «con pleno conocimiento de las intenciones de S. M. el emperador Napoleón.»

Entretanto, el documento que en 15 de diciembre y firmado de su propio puño había puesto en manos de Napoleón había producido el debido efecto contra el Austria. «Si estoy seguro de Prusia, — había escrito el emperador francés en 14 de diciembre a Talleyrand, — el Austria irá a donde yo quiero que vaya.» En esta certeza escribió el 15 de diciembre al propio Talleyrand: «Señor Talleyrand: En el apéndice encontrareis la copia del tratado que he firmado con Haugwitz. Mis intenciones son ajustar a esta medida las condiciones para el Austria. Elaborad un tratado que dé a Baviera todo lo que le garantizamos en el firmado con Prusia. Dejádme dos meses de plazo para evacuar el territorio, pues estoy ocupado en las indemnizaciones de guerra, que en todas partes empiezan a recaudarse. Cuando tengais preparado el proyecto de tratado, enviádmelo para que yo lo apruebe, y en seguida notificado a los ministros austriacos, asegurándoles que yo no cambiaré ni una sola palabra, que tienen que escoger entre la paz y la guerra, que sé los esfuerzos que hacen para poner a los prusianos en movimiento y que en vista de ellos me considero dispensado de guardar ninguna consideración. Esta es la única manera de tratar con esa gente (2).»

De suerte que la paz firmada en Presburgo en 26 de diciembre de 1805 era, mas bien que un tratado, una minuta francesa firmada por dos plenipotenciarios austriacos, el príncipe Lichtenstein y el general Syulay, una capitulación, como acertadamente dijo el conde Stadion. A ella no precedieron negociaciones, en el verdadero sentido de la palabra, sino únicamente demandas de misericordia, que siempre dirige en vano el impotente al poderoso. A la natural resistencia que opuso el emperador Francisco a las duras condiciones impuestas en Presburgo por Talleyrand, puso fin su hermano el archiduque Carlos, el cual en 20 de diciembre se avistó con él en Holitsch y no descansó hasta que, siguiendo el ejemplo dado en 28 de noviembre con el conde Colloredo, consiguió en 24 de diciembre que se despidiera al conde Cobenzel, para extirpar de esta suerte un sistema «que se había atraído la maldición de la monarquía.» «La monarquía, — escribía al emperador en 22 de diciembre, — está quebrantada; todas sus partes integrantes están desunidas; la confusión ha venido a suceder al orden; los pilares que sostienen el edificio amenazan venirse abajo, si el espíritu de la previsión no reina en tí y no preside a tus acuerdos. El alejamiento del conde Cobenzel, de Lamberti, Collenbach y Stahl debe ser la manifestación tácita con la cual has de des-

truir las peligrosas afirmaciones de tus enemigos declarados y encubiertos, y ha de ser la seguridad con que, para la salud de tu pueblo, has de adornar tu entrada en la capital (3).» El día 24 de diciembre invitó el emperador por escrito al conde Cobenzel, que acababa de llegar a Holitsch, a que se despidiera, «con lo cual se conquistaría un nuevo título de aprecio.» Inmediatamente accedió Cobenzel a su deseo para quitar el último obstáculo que se oponía al buen éxito de las negociaciones pendientes, y el día 26 de diciembre se procedió en Presburgo a firmar la paz.

La paz de Presburgo completó la exclusión territorial de Austria de Alemania y de Italia y echó los cimientos de una nueva organización de Estados, en la cual el Austria dejó de ser considerada como potencia preeminente alemana ó italiana.

El Austria aceptaba desde aquel momento todas las modificaciones por Napoleón introducidas en el Piamonte, Parma, Piacenza, Génova, Lucca, Piombino, y daba a Italia la parte de Venecia que le había sido adjudicada en Luneville y Campo Formio (arts. 2, 3 y 4.) El emperador reconocía a los príncipes electores de Baviera y de Wurtemberg como reyes; cedía al primero los territorios que ya conocemos, especialmente Vorarlberg y Tirol, con Brixen y Trento (artículo 8), daba al rey de Wurtemberg las ciudades de Ehingen, Munderkingen, Riedlingen, Meughen y Saulgan, el condado de Hohenberg, el landgraviato de Nellenburg, el prebostazgo de Altorf, la parte de Breisgau comprendida en el Wurtemberg y las ciudades de Billingen y Breunlingen. El principado electoral de Baden recibió el resto del Austria anterior, el Breisgau, el Ortenau, la ciudad de Constanza y el condado de Maimau.

El Austria en compensación de estas renunciaciones solo recibió a Salzburgo y Berchtesgaden, a cambio de cuya pérdida la dinastía austriaca de la Toscana obtuvo el nuevo electorado de Wurzburg, que le cedió Baviera (4), y el Austria, además, pagó como indemnización de guerra 40 millones de francos. Aun teniendo en cuenta la citada compensación, Austria salió perdiendo 1,114 millas cuadradas de territorio, 2,785,000 almas y 13,610,008 florines de ingreso anual. Pero lo mas doloroso, lo que no podía compensarse con almas ni con millas cuadradas, era la pérdida de su posición como gran potencia a uno y otro lado de los Alpes, y su alejamiento del mar Adriático, a consecuencia del cual Francia era el vecino inmediato de la Puerta en el punto mas vulnerable del Austria.

Napoleón celebró la firma de la paz con un manifiesto al ejército, fechado en Schenbrunn el 27 de diciembre, en el cual, en el lenguaje de los jacobinos de 1793, se dictaba una sentencia de muerte contra el rey de Nápoles, porque despues de haber prometido, en el tratado de 21 de setiembre de 1805, permanecer en la mas estricta neutralidad (5), había tolerado que en 20 de noviembre desembarcaran en el golfo de Nápoles 13,600 rusos y 5,600 ingleses, etc., levantándose con ellos abiertamente en armas contra Napoleón. Esta sentencia de muerte debe ser reproducida literalmente como un monumento del lenguaje que el corso se permitió usar, desde Austerlitz, contra las testas coronadas. Decía el manifiesto: «Soldados: Durante diez años he venido haciendo cuanto he podido para salvar al rey de Nápoles, pero él ha hecho todo lo posible para perderse. Despues de las batallas de Dego, Mondovi y Lodi, solo podía oponerme débil resistencia. Yo confíe en la palabra de este príncipe y

(3) Wertheimer, tomo I, págs. 368-369.

(4) Gardin: *Histoire générale des traités*, tomo IX, pág. 29.

(5) Lefebvre: *Histoire des cabinets de l'Europe*, tomo III, pág. 116, edición de Bruselas.

(1) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 400.

(2) *Corresp.*, XI, pág. 482.

fui magnánimo con él. Cuando quedó rota en Marengo la segunda coalición, el rey de Nápoles, que había sido el iniciador de esta injusta guerra, quedó en Luneville abandonado por sus aliados, solo y sin defensa. Entonces imploró mi perdón, y le perdoné por segunda vez. Hace pocos meses os espera delante de las puertas de Nápoles. Tengo sobrados motivos para presentir la traición proyectada y para vengar las iniquidades que contra mí se han cometido. Fui magnánimo en otro tiempo: reconocí la neutralidad de Nápoles, os ordené que evacuarais ese reino y la casa napolitana fué por tercera vez salvada y mantenida. ¿Podremos confiar por cuarta vez en una corte sin lealtad, sin honor y sin juicio? No, no: la dinastía de Nápoles ha dejado de reinar: su existencia es incompatible con la tranquilidad de Europa y con el honor de mi corona. Soldados, en marcha; arrojad á las olas esos paráliticos batallones del tirano marítimo si llegan á oponeros resistencia. Mostrad al mundo de qué manera castigais al perjurio. No dejéis de participarme que toda la Italia está sometida á mis leyes ó á las de mis aliados, que el país mas bello del mundo está libre del yugo del mas desleal de todos los hombres; que la santidad de los tratados ha quedado vengada y que los manes de mis bravos soldados, que á su regreso de Egipto y despues de haber resistido los naufragios, los desiertos y las batallas, fueron asesinados en los puertos de Sicilia, han logrado por fin descansar en paz (1).»

El mariscal Massena y el general Saint-Cyr fueron los encargados de ejecutar esta sentencia de muerte. José, hermano del emperador, debía, como representante de éste, hacerse cargo del mando supremo y ser despues el heredero de los Borbones.

Napoleon se encontraba en Munich, en el palacio del elector de Baviera, que estaba á punto de proclamarse rey: desde allí escribió, en 31 de diciembre, á su hermano diciéndole que por medio de un rodeo se dirigiera á Roma y comenzara á marchar sobre Nápoles. Con la misma fecha de 31 de diciembre escribióle una segunda carta, que tambien merece ser copiada, como monumento de la situación que Napoleon ocupó desde entonces. Decía así: «Hermano mio: He pedido por esposa para el príncipe Eugenio á la princesa Augusta, hija del elector de Baviera, que es una jóven hermosísima. El matrimonio está convenido. He pedido otra princesa para el príncipe Jerónimo. Como á este último lo habeis visto, decidme si puedo contar con que haga lo que deseo. Tambien proyecto una boda entre vuestra hija mayor y un príncipe niño todavía, que puede algun dia ser un gran príncipe (2).»

CAPÍTULO IV

ULTIMOS ESFUERZOS DE PRUSIA PARA CONQUISTAR EL HANNOVER Y CONSEGUIR LA PAZ

A un monarca prusiano no se le podía pedir una política francesa ni inglesa, ni rusa, ni austriaca, sino simplemente una política prusiana; y exigiendo el interés de Prusia no la guerra sino la paz, era necesario que procurase la paz, pues hubiera sido violar sus mas sagrados deberes el obligar á Prusia á desangrarse en una guerra que no tenia un fin prusiano y en la cual todas las cortes no hablaban mas que de la libertad de Europa y de los derechos de los pueblos, cuando en realidad cada una de ellas no pensaba para nada en los demás y solo se cuidaba de sus propios intereses y

(1) *Corresp.*, XI, págs. 509-510.
(2) *Corresp.*, XI, pág. 319.

poderío. A la corte de Berlin tocaba resolver lo que era de interés de Prusia y lo que no lo era, teniendo siempre en cuenta el hecho de estar rodeada por todas partes de enemistades y de antipatías, siendo la principal enemiga aquella confederación de la anarquía feudal eclesiástica y laica que se denominaba Sacro Romano Imperio, y cuya posición era insostenible y estaba llena de dificultades. Prusia estaba, por decirlo así, enclavada entre dos sociedades que mutuamente se combatían, de las cuales la una se acercaba á su ocaso, mientras la otra acababa de nacer, y sus apuros consistían precisamente en que debía desear la ruina de la primera y la victoria de la segunda, sin que pudiera mas que desearla. Para contribuir á este fin no estaba autorizada ni era bastante fuerte en territorios, y esto se traducía mas ó menos involuntariamente, mas ó menos inconscientemente en aquella poco noble inacción, en aquella poco famosa neutralidad que ha atraído tan duras censuras de los contemporáneos y de la posteridad sobre el «sistema» seguido por la corte prusiana durante los diez años que transcurrieron desde Basilea hasta Potsdam.

Toda política es una contienda sobre las preguntas: ¿Quién tiene mejor derecho? ¿cuál es la potencia mas poderosa? En la lucha por el derecho y por el poder el éxito decide, y el éxito con mucha frecuencia es tal que los beligerantes pueden decir de antemano lo que en tiempo del segundo imperio escribía Guizot: *Nous sommes tous vaincus*, «todos hemos sido vencidos.» Ahora bien, como el éxito solo es conocido en toda su magnitud por la posteridad, de aquí que ésta sepa mejor que los contemporáneos quién tenía mejor derecho y en dónde estaba el mayor poder. Los partidos, sus hombres y sus programas se presentan de un modo muy distinto que en el calor del combate cuando se sabe á qué han venido á parar tales promesas, profecías y temores. Como el resultado de esta política de neutralidad fueron las catástrofes de Jena y de Auerstadt, de aquí dedujeron los contemporáneos y ha deducido durante largos años la posteridad que la política de la neutralidad era falsa y que una política diametralmente opuesta hubiera podido evitar aquellos fracasos. Precisamente cuando esta deducción imperaba en la quebrantada Prusia y fuera de ella, levantóse en la prensa una voz unánime que oponía á esta deducción otro principio, á saber: que el verdadero motivo de la neutralidad fué el convencimiento de la impotencia militar, y este convencimiento se vió justificado de un modo terrible por el 14 de octubre de 1806. «Si se ha demostrado matemáticamente que la lucha era desigual, que las dos potencias beligerantes se encontraban en aquella desproporción de fuerzas que hace inútil todo valor, espérese, por lo menos, antes de sucumbir á que llegue el momento en que el deber de defender el hogar propio sea ineludible y no dé lugar á elección alguna.» Así se expresaba el hombre de Estado que tan perfectamente conocía todo el rodaje de la máquina. «De boca del soldado, que solo presta oídos á su valor, de boca del ciudadano, á quien entusiasma y engaña la confianza del soldado, no se oía entonces este lenguaje. Necesitábase el valor para luchar contra la fuerza, y se necesitaba sobre todo un gran valor para confesar la propia debilidad. En Prusia pocos hombres había que conocieran el secreto de esta debilidad, y en sus discusiones no se atrevían á llamar sobre ella la atención porque mientras la debilidad permaneciera oculta, aun quedaba un resto de fuerza. Pero cuanto menos les era dado explicar al público la verdadera situación de las cosas, tanto mas engañada vivía la nación respecto de ella, y aun se creía en su antigua grandeza, cuando todas las grandezas que á su alrededor se habían levantado en otro tiempo habían sido derribadas. El país sufría con impaciencia que la Europa cambiara de modo de

ser sin consultar para nada á Prusia, y despues de haber pedido á voz en grito la paz, cuando esta paz preparaba en 1795 las cadenas para la Prusia, muchos comenzaron á llamar debilidades á los cálculos de los que pensaban friamente. El ejército prusiano se había convertido en «máquina estropeada,» y podía, al tratarse del ser y del no ser, intentar una lucha desesperada, pero el aplazamiento de esta lucha, mientras fuese compatible con el honor y con la existencia del Estado, era un precepto impuesto por el sentimiento de la propia conservación. Si se hubiese desconocido ó negado esto, la Prusia hubiera llegado dos años antes á Auerstadt.»

Quien tal escribía era el consejero secreto de gabinete de Federico Guillermo III, Lombard, el cual publicó en 1808 los *Materiaux pour servir á l'histoire des années 1805, 1806 et 1807. Dédicé aux prussiens par un ancien compatriote*. Esta obra no llevaba su nombre, pero es indudable que Lombard era su autor. Su exposición de la política prusiana comienza con el año 1805, durante el cual «quedó levantado el velo que cubría nuestra nulidad,» y en ella se señala la conquista del Hannover, lograda por el tratado de 15 de diciembre, como el último rayo de luz que precedió á las completas tinieblas en que quedó envuelta la historia de Prusia.

«Perdimos, — dice, — tres porciones de territorio apartadas que debilitaban á la monarquía, pues que aumentaban los puntos de contacto con otras potencias y hacían mayores las dificultades de la lucha. De ello habíamos ya tenido una prueba, y ninguna de las cuestiones en que entonces nos vimos envueltos hubiera existido á haber estado en condiciones de proteger aquellas posesiones perdidas y á haberse podido evitar la desmembración de territorio que de ello fué consecuencia. En compensación, obtuvimos el único país que, dada la situación de las cosas en aquel momento, podía aumentar realmente nuestra fortaleza, un país que nos indemnizaba cinco veces de nuestra pérdida por su población y por su extensión y mil veces por su importancia relativa. El Hannover nos daba contra Francia no solo grandes recursos sino tambien una frontera. Nienburg, Hameln y el Weser fueron el principio de la línea de defensa que nos faltaba. Estrechamente unidos con Sajonia, podíamos extender y completar esta línea. Sin lucha alguna conseguimos lo que hacia tres años venia siendo eterno objeto de nuestros deseos y de nuestra conveniencia, á saber: el alejamiento de las tropas francesas y la desaparición de mil conflictos y obstáculos que eran consecuencia necesaria de su proximidad. Y además, conseguimos que para lo sucesivo desapareciese el escollo ante el cual se estrellaba nuestra tranquilidad, escollo consistente en que el Hannover se viera envuelto en toda guerra de Inglaterra con Francia (1).»

Las razones que hacían desear la adquisición del Hannover por Prusia estaban reforzadas por otras que la hacían en extremo recomendable bajo el punto de vista del interés del mismo Hannover y de toda la Alemania del Norte. Hannoveriano de nacimiento era el ministro que, en 1808, escribía ajustando sus palabras por completo á sus obras: «Mi profesión de fe es siempre la misma: un sentimiento que me hace amar intensamente á mi patria nativa, la experiencia que he podido hacer fuera de Hannover, el conocimiento exacto de este país y de Prusia, y las consideraciones imparciales y exentas de toda preocupación que me sugieren los hechos, dicen bien claro que el Hannover y la Prusia hubieran debido felicitarse si se hubiera podido realizar de un modo legal la unión del primero con la segunda. Por esto, plenamente convencido de haber cumplido mis deberes y satisfecho mis

(1) *Materiaux*, págs. 137-138. El párrafo antes citado está en las págs. 94-96.

inclinaciones, he trabajado para conseguir aquella unión en cuanto se ofreció la posibilidad de hacerla sin deslealtad y sin vergüenza y de obtener la anuencia de la casa electoral de Brunswick que reinaba en Inglaterra.» Esta manera de pensar diferenciaba al baron Carlos Augusto de Hardenberg (que había nacido en 31 de mayo de 1750 en Effenrode, Hannover) de todos los hombres de Estado de su patria, los cuales consideraban abominable la idea de la anexión á Prusia. Sin embargo, la política con la cual esperaba Hardenberg conquistar para Prusia una provincia de Hannover le diferenciaba tambien de los hombres de Estado de su segunda patria, que si bien aspiraban al mismo fin, no deseaban llegar á él por los mismos medios. Poseer militarmente el Hannover era pueril; otra cosa era poseerlo como propiedad reconocida. La gran cuestión era siempre: ¿Cómo puede inducirse al rey de la Gran Bretaña á que se desprenda de su derecho como príncipe elector de Hannover, y cómo lograr que la dinastía welfa renuncie á su territorio patrimonial alemán? A esta cuestión había que agregar, desde 1803, esta otra: ¿Cómo se arroja á los franceses de aquel país y cómo, en el caso de que lo abandonen, se evita que vuelvan á él? Tales eran las cuestiones que de continuo ocupaban la atención de Hardenberg desde que, en agosto de 1803, se hizo cargo de la dirección de los Negocios extranjeros, y sobre todo desde que en 14 de abril de 1804 dirigió por sí solo el ministerio, hasta entonces desempeñado por el conde Haugwitz. De las revelaciones que se hacen en sus memorias, terminadas en 1808, y sobre todo de los documentos que las acompañan referentes al espíritu y tendencia de su gestión política, se desprende que Hardenberg, en agosto y setiembre de 1805 (2), estaba dispuesto, por consideración á la cuestión de Hannover, á firmar una alianza con Francia que contra su deseo ó con su anuencia podía convertir á Prusia en soldado mercenario de Napoleon, no solo envolviéndola en una guerra universal contra Inglaterra, Rusia y Austria, sino tambien alejándola de su misión nacional: política de aventuras contra la cual formuló sus protestas en 22 de agosto el conde Haugwitz y opuso su veto el mismo rey en 3 de octubre. En el cambio ocurrido en octubre, el Hannover volvió á ser el precio del ingreso de Prusia en la alianza guerrera contra Napoleon: un artículo secreto del convenio de Potsdam trataba de ello, y sobre este particular estableció el conde Metternich con lord Harrowby (3) una deplorable negociación, en la cual se vió bien claramente que el rey de Inglaterra oponía á este plan una resistencia invencible. No pudiendo, pues, obtenerse de Inglaterra que cediera buenamente el Hannover, era preciso ó renunciar á él ó apelar á la fuerza. La fuerza ofrecíala Napoleon por medio del tratado de 15 de diciembre, y era de esperar que Hardenberg lo aceptaría sin reparos, puesto que, con relación al Hannover, no era en manera alguna contrario á la idea de una alianza con Napoleon. En vez de esto, sin embargo, rechazó la «alianza ofensiva y defensiva» é hizo depender la adquisición del Hannover de una futura paz entre Francia é Inglaterra. En esto tuvo razón, pues quiso evitar que Prusia fuera el «satélite» visible de Francia y que Inglaterra se tomara por mar la venganza, contra la cual se hubiera encontrado Prusia completamente indefensa. Pero comprendió que el tratado con tales modificaciones dejaba de ser el que Napoleon había presentado y declarado por él obligatorio, y que, por consiguiente, lejos de haber sido aceptado, como algunos sostenían, dicho tratado había sido rechazado y sustituido arbitrariamente por otro.

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 149.

(3) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 34.